

DISCURSOS C. 12

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

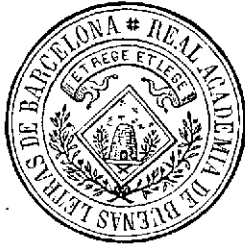
REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. TEODORO BARÓ

EL DÍA 23 DE NOVIEMBRE DE 1902



BARCELONA

IMPRESA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

Calle de Monteaigro, número 5

1902

Real Acadèmia Bones Lletres



1004368776

54229896

EL PERIODISMO

Quisistéis, señores Académicos, honrarme al elegirme para que reemplazase á D. José Coroláu é Inglada; distinción que agradezco por lo que significa, pero que á la vez me asusta; pues al verme en el sitio que ocupó persona de tanto valer, siempre se recordará á aquél que por su talento y su labor mereció lo que á mí vuestra bondad me ha concedido. En las Escuelas Pías, en ese admirable Instituto fundado por un español ilustre, San José de Calasanz, comenzó sus estudios, terminados en nuestra Universidad, donde cursó Derecho. Fascinado por la belleza y armonía del habla castellana, con cuyos nobles ropajes han vestido sus pensamientos tantos Santos, como Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Francisco Javier; tantos héroes, entre ellos Garcilaso y Cervantes, y en número infinito los hombres de genio y talento; puso empeño en asimilársela y afán por dominarla, recordando, sin duda, que un catalán insigne fué maestro para los castellanos en el arte de bien hablar, en un periodo de decadencia. Laudable fué el propósito, y á la par provechoso, porque si honra haber nacido en Cataluña, enaltece que nuestra región haya formado, forme y esté destinada á formar parte de España, á no ser que se hundan los Pirineos, vínculo geográfico establecido por la naturaleza, que parece celosa de la unión de todos los españoles; unión que si alguna vez la Historia ha aflojado, ha sido para estrecharla con más vigor. Los que por los antiguos fuimos denominados hispanos, hispanos somos, si bien aventajamos á la mayoría en tener dos idiomas para alabar á Dios, ensalzar á la Patria y expresar los más tiernos afectos del corazón. ¿Por qué no hemos de cultivarlos con igual cariño? Así opinaba Coroláu, que pertenecía á aquella generación intelec-

tual que procedía directamente de Balmes, Piferrer, Llorens, los Milá y otros varones insignes, á quienes algunos de mis oyentes no han tenido la dicha de conocer; mas si quisieren saber lo que fueron, bien pudiera mostrarles ejemplo viviente; pero me abstengo, porque la modestia vería agravio en lo que solo sería tributo que el cariño impone, la respetabilidad reclama y la justicia exige. Con tales maestros vibraban ideás que vigorizaban los latidos del corazón, sentíamos calor en la sangre, y levantábamos la cabeza á lo alto, porque como había luz en nuestro entendimiento, íbamos á la luz eterna, que sólo de Dios procede. La generación de Coroláu va desapareciendo empujada por otra, que á nosotros, que somos sus progenitores, nos recuerda la cómica sorpresa de la gallina que empolló huevos de pato, al ver que sus hijitos se echaban en el charco. Nuestra sorpresa es triste, porque resulta que nada sabemos de artes ni de literatura; nada supieron nuestros maestros, nada supo la humanidad hasta que vinieron al mundo los actuales, para quienes el arte consiste en la mueca japonesa, y lo sublime en literatura en la demostración de que se poseen todos los sentidos menos el de hacerse cargo. Sobre el asunto más no he de decir, porque más no se me ocurre; y aunque me acuerdo de aquellas palabras de Sancho: «Este, mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar», no quiero citarlas, porque no veo clara la relación que puedan tener con los secuaces del modernismo y del simbolismo, que á sí mismos se llaman decadentes, y al igual que los patos, se zambullen á veces en el charco asqueroso del materialismo, buscando sus ideales en el fango.

Fué Coroláu un investigador, y la historia de buena ley le debe una riquísima colección de trabajos, entre ellos «Los Fuegos de Cataluña» y «Las Cortes Catalanas», que escribió en colaboración de nuestro distinguido compañero D. José Pella y Forgas. Alabanza merece por haber desvanecido algunos errores en los que se basa el epítome de nuestra historia catalana, que corean los indoctos y también por ofuscación algunos instruidos, porque de ella se ignora lo verdadero y sólo se sabe lo falso; lo que quiere decir que aún está por escribir, con grave perjuicio de los catalanes, porque la fábula nos oculta la realidad, superior á aquélla. En los tiempos antiguos, los griegos mezclaron su sangre con la nuestra, y la influencia de aquel pueblo, el civilizador de Europa, aún la siente el idioma catalán y se exterioriza en trajes y costumbres. Nuestros antepasados vencieron

en Cannas á los romanos; y en la Edad Media, surge la colosal figura de Jaime el Conquistador, hijo de aquél que en las Navas contribuyó á aniquilar á los almoravides, que amenazaban á la cristiandad ¿Qué pueblo tiene algo parecido á la expedición á Oriente, cuyos héroes superan á los cantados por Homero? ¿Acaso no fuimos maestros al legislar, y no nos cabe la honra de haber codificado el derecho marítimo? En los tiempos modernos, parece que en los huesos de nuestros reyes, caudillos y almogávares se adhieren de nuevo, los músculos y vibran los nervios, y laten las arterias para levantarlos de sus sepulcros y llevarlos á Gerona, á fin de que vuelvan á ser asombro de las gentes. Siendo tan gloriosa nuestra historia catalana, merecerán elogio cuantos, á imitación del Sr. Coroláu, y también de nuestro compañero el Sr. Pella y Forgas, contribuyan con el sol de la verdad á desvanecer las neblinas, algunas veces de odios, que la envuelven, afean y obscurecen.

La predilección del Sr. Coroláu por las investigaciones históricas, señala el tema de mi discurso, que me sería grato desarrollar; pero la influencia del ambiente puede en esta ocasión más en mí que la voluntad; y de ésta prescindiendo, cedo á los requerimientos del deber, que me parece exige que en la prensa periódica me ocupe, porque, á pesar de ella, soy lo que soy. Y á pesar de ella digo, por tener aprendido que suele ser ingrata con quienes la sirven; y si alguna vez se muestra espléndida, no pasan sus dádivas de aquellas que halagan á la inteligencia, porque como es lo único que pide, olvida por completo que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y que para conservar *mens sana in corpore sano* se necesita algo que está muy por dentro del mundo material y fuera en absoluto del intelectual. No me quejo, y á Dios doy gracias por lo que soy; más reconozco que la fortuna y el periodismo están enemistadas en nuestra patria. Si esta fuera la única enemistad, menos mal, pero sospecho, acaso con equivocación, que no es cosa rara que también lo esté en ocasiones con el bien público.

De la prensa no hay quien no reniegue, pero á reserva de acudir á ella y de ella servirse; y tan solicitada se ha visto por el interés ajeno, que ha acabado por atender al propio, convirtiéndose el periódico en una empresa industrial, atenta á la prosperidad del negocio, que consiste en dar género que tenga fácil colocación en el mercado de la curiosidad y en el de las pasiones; halagando éstas, excitando aquélla y falsificando la mer-

cancia, con más grave responsabilidad que la que alcanza á los que adulteran ciertas materias, porque éstos sólo perjudican al cuerpo, mientras que la prensa daña las inteligencias. Tal transformación revela que nuestra sociedad mucho deja que desear, porque el periódico refleja su manera de ser: es formalista y frío en Inglaterra, dónde nunca falta á las reglas del decoro, guarda las formas y cuida de no confundir lo público con lo privado; porqué para el inglés su hogar es un refugio inviolable, el formalismo una garantía contra los audaces y desvergonzados, y las formas la vallá que mantiene las distancias. En los Estados Unidos es activo hasta el vértigo; todo lo recoge, todo lo amplía, sin más propósito que la sensación, que busca exagerando, inventando, sin reparar en gastos, y muchas veces en mentiras, porque nada cuestan y suelen producir. Allí la prensa es industria, y al industrial sólo le preocupa el efecto que ha de producir el número en el mercado de la curiosidad: si se obtiene con la verdad; bien; si se ha de obtener inventando, no importa. Si el hecho, real ó supuesto, requiere ilustración, los dibujantes se ponen en movimiento, y en breves momentos el empresario ha explotado todas las actividades, todas las inteligencias, todas las industrias para echar á la calle un número sensacional.

Aquel público tiene una defensa, y es que lee el periódico y no le hace caso; cosa que en verdad no le importa al propietario, porqué para él lo esencial es que compren y paguen el número; lo demás no le interesa. En Francia el periodismo responde á la idea que se tiene formada el francés de su patria, bastante parecida á la que de la suya tienen los chinos, aunque menos modesta, pues éstos se contentan con suponer que su imperio es el centro del mundo, mientras que nuestros vecinos están convencidos de que, además, París es el cerebro de Europa. En tal caso, es un cerebro reblandecido por la lujuria, á juzgar por parte de su prensa, de la que no hay que hablar por no sentir ni producir asco, pues falta en ella en muchas ocasiones el sentido moral, hasta tal extremo, que el polvo de la calle, revuelto con todos los miasmas del arroyo, levantados por los amantes de la vida fácil y alegre, se convierte en la tinta con que se imprimen algunas de sus publicaciones.

El periodismo ofrece tres tipos: el inglés, rígido, respetuoso, que acata las leyes, se detiene ante el hogar, jamás confunde la vida privada con la pública, caracterizado por el formalismo. El francés, que cree que todo puede decirlo, ligero y propenso á

sacrificar al chiste la decencia, apasionado y vanidoso. El norteamericano, para quien sólo existe la sensación, que hay que obtener á toda costa, con la verdad y sin la verdad, importándole sólo un resultado: el dollar. Todo lo demás le tiene sin cuidado. El periódico inglés habla siempre en serio; el francés charla; el norteamericano grita; el uno quiere convencer, el otro distraer, el tercer aumentar la clientela. El inglés rinde culto al poderío británico y á la corrección; el francés á la vanidad y al efecto del derroche de ingenio; el norteamericano al progreso material y á la ganancia.

De nuestra prensa no hablo, porque no se describe lo que se tiene á la vista; pero observaré que por la francesa recibimos las impresiones del resto del mundo, y nos enteramos de lo que en él pasa por los periódicos de París, de cuya información y criterio podemos juzgar cuando se ocupan en los asuntos de España; de lo que buenamente puede deducirse que tenemos idea de Europa, como de los cuadros de Velazquez por las aguas fuertes de Goya, quien prescindía del original para poner en la reproducción su personalidad. Es nuestra prensa honrada, y no se puede decir de ella lo que se supone de algunos periódicos de diferentes países, esto es, que alquilan sus columnas al que más las paga, y propagan, defienden y apoyan aquellas ideas y empresas que mayores ingresos producen en sus cajas, llenándolas aunque sea necesario dejar sus conciencias vacías de todo principio moral. Si nuestra prensa sufre extravíos, se debe al ambiente, de cuya influencia no pueden sustraerse los periodistas; así es que refleja el estado de la sociedad española y, á nuestro entender, lo refleja con bastante exactitud. No hay que ser injustos con los periódicos si no tratan con profundidad ni sin ella las cuestiones extranjeras, porque ¿caso no vivimos en un aislamiento que nada tiene de espléndido, como el de Inglaterra? Si de la escena ha sido expulsado el género grande, ¿con qué derecho se censura á los periódicos si todas sus preferencias son para el género chico? ¿Cómo puede extrañarnos que se dediquen unas líneas, que no pasan de gacetilla rellena, á las obras literarias, y columnas á las corridas, si el pobre empeña su ropa para ir á los toros y el rico no gasta dos pesetas para comprar un libro, en particular si es de autor español? ¿Tiene el periodista la culpa de que un torero inflame los entusiasmos de la masa, á quién nada dicen los grandes genios, ni de que no emocione la muerte de un hombre eminente al mismo público que, en ingente muchedum-

bre, acompaña el cadáver de un diestro, y en la expresión de su sentimiento olvida el respeto que se debe al Campo Santo, hasta el extremo de desaparecer el hombre civilizado y reaparecer el primitivo? A pesar del periodista, el vulgo prefiere el canto hondo á las sublimes composiciones de Vitoria; el ruido á la seriedad; el discurso del diputado charlatán al laconismo del sabio; los chismes de los políticos á los actos de verdadera política. ¿Tiene él la culpa de que, cuando aún podía evitarse el desastre cediendo con resignación, tanto más digna cuanto mayor era nuestra debilidad, á las exigencias de los Estados Unidos, que por lo mismo que no tenían otro fundamento que la fuerza, ponían de nuestro lado las simpatías del mundo civilizado; tomase el vocerío de la calle las proporciones del tumulto y nos empujase á la lucha, á sabiendas de que en ella seríamos vencidos, porque ya en la guerra el heroísmo nada significa y la fuerza bruta lo es todo? Ciertamente que con este motivo reprochó el Sr. Salmerón á los periodistas los inmensos males que habían causado al país, lo que me obliga á preguntarme: ¿por qué la prensa no encauzó la opinión extraviada, en vez de dejarse arrastrar por ella?

La respuesta está en la transformación que ha sufrido en el mundo entero. Antes el periódico se fundaba en defensa de una idea, mientras que ahora se ha convertido en una empresa industrial, que se explota como otro negocio cualquiera: así es que se dan casos en el extranjero de que la empresa esté constituida por una sociedad anónima, cuyas acciones se cotizan en la Bolsa, con lo que demostrado queda que hoy el periodismo es un negocio que sigue los movimientos de la opinión, teniendo por objetivo el alza de las acciones y el reparto de dividendos. Grave daño resulta á la sociedad de que la prensa esté reducida á una cuestión económica, porque, en vez de dirigir, observa la dirección para seguirla, y lejos de contener las pasiones, las explota. El elemento de vida del periódico ha cambiado, y en vez de serlo la suscripción, como antiguamente, lo es la venta; y como la baratura reduce la ganancia al céntimo ó á una fracción, tiene necesidad de una regular tirada para poder subsistir, lo que obliga á las empresas á empeñar una desesperada lucha por la existencia. De esta lucha ha nacido el noticierismo, del cual nuestros padres no tenían ninguna idea, y que constituye una de las grandes calamidades de nuestra época bajo el punto de vista psicológico y fisiológico, porque per-

turba la inteligencia y el sistema nervioso en tales proporciones, que ya nadie se atreve á decir de otro que está loco, por temor de que de él digan lo mismo y resulte que todos están en lo cierto. Envidio á nuestros abuelos cuando leo los periódicos que ellos leían. Tengo un número de *La Gaceta de Barcelona*, correspondiente al sábado 2 de Junio de 1798, que publica noticias de Constantinopla, muy recientes en aquellos tiempos, tanto que sólo datan de dos meses y siete días. Las de París son del 4 de Mayo y las de Génova del 12 de Abril. En Junio se enteraban de que el Directorio francés habia recibido el 29 de Abril al Barón de Staël, Ministro plenipotenciario de S. M. el Rey de Suecia; de que Pitt propondría al Parlamento un empréstito de 25 millones de libras esterlinas, y de que cerca de Vindsor se formaría un campamento en el que tremolaría la bandera Real; de que «en las cárceles de Argel se hallaban presos algunos principes de la Mauritania, quienes consiguieron escaparse y se refugiaron á bordo de una fragata francesa, surta en el puerto. «El Bey los reclamó, prendió á cuatro oficiales franceses;» y como le amenazara el Cónsul general «con la venganza de la Francia, resentido de esto aquel jefe africano, mandó que en el momento se le cortase la cabeza al Cónsul; y así se executó.» También se enteraban de que los armadores de Trieste sólo esperaban para que sus buques se hicieran á la mar, los firmanes pedidos á Constantinopla, á fin de asegurar su viaje contra los corsarios berberiscos; y de que «se calculaba en 10 millones de libras el importe de las presas hechas por el corsario francés nombrado el *Gran Buonaparte*.» Las noticias de Madrid son del 25 de Mayo y casi todas ellas se refieren á nombramientos. Política, ni una, y tampoco las hay locales. Supongo que lo que más interesaría á nuestros abuelos seria el anuncio de la «Receta de nuevo invento del chocolate zamorense, que trata del modo de hacer este chocolate con la almendra amarga en lugar del cacao, mezclándola con la porción correspondiente de azúcar.»

La *Gaceta de Barcelona* era un portento, comparada con el *Diario de Madrid*. El 7 de Diciembre de 1788 falleció el Rey Carlos III, y no se encuentra en la citada publicación ninguna noticia de su enfermedad ni de su fallecimiento, hasta el número correspondiente al 16 del mismo mes, en que la anuncia indirectamente á sus lectores publicando versos muy malos, dedicados «á la sentida muerte de Ntro. difunto Rey Carlos Tercero.» La Revolución francesa no existe; caen las cabezas de

Luis XVI, de María Antonieta; los Girondinos son enviados á la guillotina; tras los Girondinos, el Duque de Orleans; á éste siguen Dantón y Camilo Desmoulins, y luego el mismo Robespierre. Surge Bonaparte, pero nuestros periódicos de nada se enteran, y si se enteran, respetan demasiado á sus suscriptores para excitar sus nervios, turbar su digestión y producir con sus noticias esos desarreglos que acaban por trastornar todas las funciones del organismo humano; y si algo narran, como el hecho cuenta ya meses de fecha, sólo impresiona como un acontecimiento histórico.

A pesar de ser periodista moderno, y de serlo me precio, aunque me tilden de reaccionario, dictado que en vez de dañar, me honra, porque el enfermo sólo cura cuando reacciona, y muy enferma está la sociedad y también la nación; he de decir que en aquel entonces la prensa era inofensiva, mientras que ahora es un elemento morboso. Como D. Quijote, se contentaban nuestros abuelos con algo parecido á aquel puñado de bellotas avellanas que el Hidalgo Manchego tenía en la mano; y si la prensa moderna conocieran, de fijo exclamarían: «¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos!» y á las presentes los preferirían, porque en los suyos andaba la fama sola y señora, sin temor que la desenvoltura del periodista la menoscabase; mientras que ahora «no está segura ninguna, aunque la oculte otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire,» con el celo de la maldita curiosidad, se les entra la indiscreta pestilencia del noticierismo.

¡Pestilencia del noticierismo! ¿Acaso el periódico, por mucha que sea su gravedad, no busca la noticia? Sí, porque para dar noticias se publica; pero hace una distinción entre lo que cae en el dominio público y lo que toda persona bien nacida respeta, así por deber, como por caridad, porque pertenece á la esfera privada; entre lo lícito y lo ilícito, lo conveniente y lo inoportuno, lo que el decoro prohíbe y lo que la despreocupación admite. El noticierismo prescinde de las leyes divinas, de las sociales y hasta de las de la higiene, porque si en el cieno del arroyo ve la noticia, mete en él las manos sabiendo que se las mancha. Para él, lo que más vale es lo que más emociona, lo que más excita la curiosidad, sana ó malsana; que satisface en unas ocasiones publicando los retratos de los criminales, atisbándolos en la cárcel, en el patíbulo, para dar cuenta de lo que hacen, de lo que dicen y también de lo que no han dicho ni hecho; otras, llega

á lo inconcebible en la indiscreción, que se convierte en crueldad cuando, en vez de emocionarle el dolor ajeno, vocea sin entrañas lo que por respeto á la desgracia ó por compasión debiera callar. Con ser tan nocivo el noticierismo, aun hay algo más nocivo.

Sí, aun hay más en la prensa, porque también existen periódicos que matan las almas y los cuerpos, lanzando á la juventud al desenfreno de las pasiones, que excitan con escritos y avivan con dibujos, que inspirarian asco insuperable, si no fuese aún mayor el que causan los industriales sin conciencia que buscan los medios de subsistencia en la podredumbre. No podemos decir con Dante.

Non ragioniam di lor, ma guarda e passa,

porque se exhiben con el cinismo del que ha perdido el decoro, y con él toda noción de lo bueno y de lo malo. Al recordar la tal prensa y otra que busca el interés en el chisme, la sensación en la injuria, y el éxito, y por tanto la venta, en la risotada que el grosero chiste arranca al imbécil, y en el ruin placer que la desdicha ajena le produce; si no hay motivo para renegar de la invención de la imprenta, en cambio lo hay para llorar los males y postración de una sociedad que no tiene fuerzas para rechazar á quienes la afrentan y deshonoran. A estos periódicos puede aplicarse la elocuente exclamación de Bossuet: «Todo lo elevado ha desaparecido: todo es cuerpo, todo es sentido, todo está embrutecido y completamente á tierra;» y también estas palabras de un publicista francés, al decir que el periódico provoca la caída desde las alturas de la sociedad, hasta llegar al nivel de todo lo vergonzoso y servil, en provecho de las pasiones. Chaudon decía en el siglo XVIII, que «escribir en estilo libre es indecoroso y faltar al respeto al periódico.» Presentar ciertas cosas al lector, equivale á «suponerle sin pudor y sin recato.» Hay periodistas que suponen la existencia de tales lectores, y con tristeza hemos de convenir en que la suposición no debe ser infundada, pues sus periódicos se sostienen, lo que prueba que hay quien los compra para leerlos. Ingratos seríamos si del mal que lamentamos hiciéramos únicamente responsable á la prensa, porque si esto pasa, es porque hay quien gusta de lo pecaminoso, pues si el público no comprara los tales periódicos, no se publicarían. ¿De qué sirven las leyes, si todos y cada uno no cumplimos la ley interna que el dedo de Dios ha es-

crito en nuestra conciencia? Si faltamos á la ley moral fomentando semejante prensa, comprándola y leyéndola, ¿cómo hemos de buscar defensa en la eficacia de las leyes humanas? Otros países han padecido el mal que lamentamos, pero el hierro ardiente del desprecio público ha cauterizado la llaga social.

¡Cuán lejanos nos parecen aquellos tiempos en que un catalán ilustre, á quien no nombro por motivos ya indicados, á los que con violencia mi respeto y cariño se sujetan; con asombrosa profundidad y claridad admirable, dilucidaba graves cuestiones y sentaba principios, que aún hoy constituyen un cuerpo de doctrina acabado é irrefragable, porque tiene por fundamento las bases de la sociedad cristiana!

Y no era él sólo, porque en aquel entonces el periodista se llamaba Balmes ó Piferrer ó Roca y Cornet, ó Coll y Vehí ó Arribau ó Illas y Vidal ó Cortada, á quienes de vez en cuando se unía Milá y Fontanals.

Señores: detengámonos para saludar estas colosales figuras que han desaparecido. Entonces los periódicos se publicaban para defender ideas, y por ellas y para ellas escribían los hombres eminentes que he citado, y muchos otros que han dejado rastro luminoso en la prensa; había calor, entusiasmo, casi siempre pasión; pero los errores y las faltas eran más del entendimiento que de la voluntad. El artículo llegaba á las masas, sacudía al pueblo español; y en aquella época, en que teníamos fe en el porvenir de la patria y no habíamos renegado del Cid ni del Quijote para quedarnos con Bellido Dolfos y Sancho Panza, había calor en nuestra sangre, vigor en nuestros corazones, esperanzas en nuestras almas, y se discutía con vehemencia, propia de la ilusión, si se quiere; pero la ilusión es el último esfuerzo del que no quiere ser vencido por la desgracia; es la rebelión del alma contra la materia; es el chispazo de luz que rasga los tenebrosos velos del dolor; es la voz que viene de lo alto y nos dice: ¡Espera, confía, lucha! Más vale vivir de ilusiones que morir asfixiado por faltarnos el oxígeno de la esperanza. Quien no tiene esperanza, prescinde del alma; quien prescinde del alma, queda reducido á la materia. Yo no quiero vivir la vida de la materia, porque es vivir de podredumbre y en la podredumbre.

También he alcanzado aquel período; pero no digo con Jorge Manrique:

Cualquiera tiempo pasado
fué mejor,

porque creo en el progreso y en el progreso confío; pero en el progreso basado en la ley de Dios. Repito con Dante

Nessun maggior dolore
Que ricordarsi del tempo felice
Nella miseria;

mas al acordarme del tiempo feliz en las miserias presentes, no es para llorarlas, sino para abrir el pecho á la esperanza, porque no puedo ni quiero dudar del porvenir de España.

Triste es su situación, si de ella se juzga por la de la prensa, dado que sea cierto que ésta refleja el estado del país; porque vivimos aislados y apartados de las grandes cuestiones y damos colosales proporciones á las pequeñas, concediendo á las personas la importancia que sólo tienen los principios. En literatura hemos retrocedido á las novelas francesas, que son las que proporcionan material para los folletines, y se publica como novedad aquello de que en Francia ya nadie se acuerda; en política nos limitamos á tratar del chisme del día; y de ciencias, no hay que hablar. Pero si miramos bien; encontramos algo que consuela y anima, porque algunas empresas periodísticas abren de vez en cuando concursos literarios y artísticos, y en medio de la garrulería, no faltan periódicos que en el buen sentido se inspiran y cuidan de dirigir, en vez de ser arrastrados. Esta es la misión de la prensa: dirigir.

La misión del periodista es difícil y pone espanto en la conciencia, porque lo que escribe, labra, como *fodit lapidem* la gota de agua; él es responsable del bien ó del mal, porque á la mágica influencia que ejerce la letra impresa, se une la costumbre que se adquiere, sin darse de ello cuenta, de asimilarse el criterio que sobre todas las cuestiones emite el periódico, con lo cual el suscriptor se ahorra el trabajo de formarlos; y aún al que piensa por cuenta propia, le es muy difícil librarse de la influencia de la lectura cotidiana de su diario. Si antes de verter sus ideas en las cuartillas, que de ellas pasarán á la imprenta y de allí se esparcirán por todas partes, reflexionase el periodista que lo que dice será leído y dejará un trazo, por leve que sea, en la inteligencia de los lectores; trazo que con la repetición se irá ahondando hasta formar surco; si recordase que, según sea el surco, por él correrán las ideas, y que de él depende el modo de ser moral siempre, y á veces también material del individuo y de la nación; si recordase que esa hoja que se llama periódico,

tan leve que el menor soplo la levanta, y tan frágil, que sin esfuerzo lo rasga un niño, es más destructora que la acción de los siglos y de la dinamita, pero que, al mismo tiempo, puede convertirse en una potencia regeneradora, más que extraordinaria, estupenda; el periodista cuidaría de realizar su labor con aquella seriedad del hombre que comprende la importancia de su misión y no quiere cargar su conciencia con tremendas responsabilidades.

Hablo del periodista que tiende á desaparecer, absorbido por el periódico. Antes lo era todo, ahora no es nada, pues la individualidad se funde en la entidad. El periodista de hoy es un resto de otra época, y hemos tenido la desgracia de perder al que para mí era un tipo perfecto, y también debió serlo para vosotros. Nombro á D. Juan Mañé y Flaquer porque sé que todos, como yo, le tenéis en vuestros corazones y en vuestra memoria. Al evocar su recuerdo, revive el varón ilustre, grande por su modestia, por su desinterés admirado, de todos respetado por la firmeza y sinceridad de sus convicciones, leído y comprendido hasta por el vulgo, por la claridad y sencillez con que exponía sus ideas, importándole mucho el fin que se proponía alcanzar, nada la impresión momentánea; de quien se podía decir, recordando á Bayardo, que era un periodista sin miedo y sin mancilla. Sus cualidades positivas eran extraordinarias, pero aún lo era más la negativa que le caracterizaba: no tenía miedo á la opinión ni á la prensa. Para ser buen periodista, la primera condición es no tener miedo á los periódicos. ¿Cuántos la poseen? Muerto Mañé, podemos contestar que nadie, sin que haya quien pueda darse por ofendido, pues yo no pretendo formar excepción.

¡El miedo á la prensa! Por él fuimos al desastre, pero no ciegame, porque el Gobierno sabía á donde le empujaban los periódicos; pero fué por temor á la prensa. ¡El miedo á la prensa! Si queréis saber hasta donde puede llegar, leed *La Revolution*, por Charles d'Hericault, y veréis que en Francia, Desmoullins fué en la prensa el farsante que todo lo degradaba; el obsceno Hebert manchaba lo que el primero había degradado, y el feroz Marat exterminaba lo que los otros habían deshonorado. Hebert decía en el *Pere Duchesne*: «¡Ah! el gran público del *Pere Duchesne*, que con sus ojos ha visto la cabeza del *Veto* hembra separada de su cuello de cigüeña». El diario estaba escrito en términos inmundos, pero á principios de 1794 no había una mu-

jer que se atreviese á no tenerlo en la mesa de su salón, ni un convencional que osase entrar en la Asamblea sin llevarlo en la mano. El miedo á la prensa fué causa del desastre é impide la regeneración de nuestra España, tanto más querida cuanto más desdichada, porque bien saben los hombres políticos qué es lo que hay que hacer para que la patria pronuncie el *Surgam!* salvador, pero no se atreven por temor á la prensa; y así estamos reducidos á usar de la libertad de hablar y de escribir, olvidando la de obrar y gobernar, lo que es prueba de decadencia.

No seré yo quien niegue el poder de la prensa, porque negarlo es prescindir de una de las más poderosas fuerzas de la sociedad moderna, que merece ser estudiada para aprovecharla en bien del progreso; pero de ese progreso que de Dios procede, que á Dios sirve y que á Dios devuelve al hombre. Sin miedo á la prensa debemos condenar sus extravíos, pero no movidos á la censura por hechos accidentales, sino fundándonos en principios eternos. En Inglaterra cayó en tanto desprestigio, que llegó á ser oficio vil el del periodista, á lo que se debe que hoy haya en la Gran Bretaña grandes periódicos, pero no hay periodistas grandes ni pequeños, porque aún subsiste en las costumbres británicas el desprecio á la profesión, debido á los desmanes de la prensa, á los que más que las penas, puso correctivo la opinión pública, obligando á los periódicos á ser lo que hoy son. El periódico es hoy una necesidad: si la masa que constituye el público siente la del escándalo, le dará escándalo; pero si siente lo del decoro, le dará decoro, porque la prensa es lo que el público le consiente que sea. Más eficaz que las leyes es el desprecio de la opinión y su apartamiento del periódico que no sabe respetarse ni respetar. Es muy curioso el espectáculo que con demasiada frecuencia, por desgracia, nos ofrecen ciertas publicaciones, pues en ellas escritores corteses y morigerados en su trato, se atreven á decir en letras de molde lo que ni siquiera osarían pensar en el seno de su familia ni balbucear en sociedad. No parece si no que todo lo ilícito en la vida privada sea lícito en la periodística. En estos casos tiene aplicación lo que decía... ¿Un reaccionario enemigo de la libertad de la prensa?... No; Gambetta, de ella entusiasta, quien exclamaba dirigiéndose á los Magistrados franceses: «Cuando no se ejerce la profesión de periodista por el honor, se ejerce por el dinero. Si queréis dar donde duele, obligad al cumplimiento de sus deberes á los que se asocian y se coligan para calumniar, mediante dinero contan-

te, la reputación de las personas honradas. Si queréis que las costumbres no degeneren, que no se reniegue de la libertad de la prensa; que, sin distinción de color, los hechos, las discusiones y las controversias sean nobles y fecundas, acordáos, cuando comparezcan ante el Tribunal esos hombres, de que no debéis enviarlos á la cárcel, sino herirlos en el bolsillo, porque en el bolsillo está su sensibilidad». El fogoso tribuno calificó á ciertos periódicos de «barcos corsarios», cuyos armadores saben tarifar lo que costará un proceso, pero antes calculan «lo que vale la reputación de tal ó cual, que se proponen manchar». No he tenido términos tan duros como Gambetta. Pero, ¿existen tales periódicos? Si, existen. Se dirá que algunos no ofenden, calumnian y difaman para sacar dinero de la víctima. Cier- to, pero lo sacan del público por medio del escándalo, y la cosa resulta igual. Una cita haré, que no rechazarán ni siquiera los que sólo admiten la libertad sin justicia: es de Zola, quien fustigó á los bufones de la prensa. Dice de ellos: «Hacen una mala obra, cuando tratan, por razón del oficio, de ridiculizar las cosas más serias y respetables... Los que alardean de ingeniosos se ven forzados por su papel, que consiste en entretener, á ponerse siempre detrás de la muchedumbre, porque deben provocar las risotadas del mayor número. Son los presidiarios de la alegría universal... Les es preciso convertirse á sabiendas en brutos... Su ingenio, que se demuestra por medio del trampolín y la voltereta en las ideas y en las palabras, ha falseado nuestro periodismo».

Perdonadme la pesadez, pero siento la necesidad de justificar con el criterio ajeno el que os he expuesto. D. José Luis Albar- reda escribía con motivo de una ofensa que le infringió un periódico: «Ha dicho tales cosas de personas de ambos sexos, que me- recen la universal estimación de personas bien nacidas, que los juicios más denigrantes en sus columnas hay que considerarlos como ejecutorias de honradez». Véase como uno de los más leí- dos diarios madrileños califica el moderno periodismo español: Dice de él que «convertido hoy en un oficio, no suele ser el pe- riodista el defensor convencido de una idea, sino el dependiente de una empresa que le paga, no para que escriba lo que él pien- sa, sino lo que ella quiere... El periodista de nuestros días es— hay excepciones, aunque pocas—como el comediante: desempe- ña el papel que le reparte el empresario».

Convertido el periódico en empresa industrial, y el periodis-

mo en oficio, el producto ha de ser mercancía, que se fabrica para forzar la venta, unas veces á costa de la moral, otras del patriotismo, muchas del decoro y con frecuencia de la cortesía. Pero el periodismo no es, no debe ser, no puede ser eso. Pesan sobre él las desgracias que nos abaten, la anemia que nos aplana, la neurastenia que nos agita; pero el ejemplo que nos dan muchos periódicos y revistas con su cordura y elevación de miras, nos permite afirmar que la prensa española terminará su evolución, y acabará toda ella por ser respetada, cuando encuentre un público que se respete; pues ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo: la causa del desprestigio de la prensa está más en el público que en el periódico. Termino exclamando: no os apene la idea de que para vergüenza de esta generación pasarán á las que nos sucedan las piruetas de los bufones y los desmanes de los cínicos de la prensa; no os preocupe el temor de que, como Mahoma al Dante, les enseñen *il tristo sacco* lleno de inmundicia; porque la experiencia nos ha demostrado que los materiales que hoy se emplean para el papel destinado á periódicos, no tienen consistencia, no tienen duración, y dentro de un siglo nada quedará de ellos. Es un consuelo para nosotros, y una ventaja para los que vendrán después.

HE DICHO.

CONTESTACION

DE

D. Guillermo M.^a de Brocá

Señores Académicos:

Con gran copia de merecimientos viene el nuevo Académico á robustecer el título de nuestra Corporación. Su intrínseca valía y el favor que las obras de D. Teodoro Baró han obtenido, son causa de notoriedad tal que reducen á mero cumplimiento de un precepto reglamentario, el honroso encargo que, con injuria de la belleza literaria, voy á desempeñar.

La formación de una historia completa de Cataluña que, según el contexto de la Real cédula de erección de la Academia, es su principal obligación y á cuyo cumplimiento tanto empeño puso el inolvidable D. José Coroláu, no es, empero, el objeto único de la Institución, la cual abarca cuanto de los útiles y deleitables conocimientos humanos y de las creaciones imaginativas se comprende en las *Buenas Letras*.

La actividad intelectual de Baró se ha desenvuelto en géneros muy diversos. Dirigióse en ratos que pueden llamarse de ocio á formar el corazón de la inteligencia de los niños y popularizar invenciones de gran transcendencia práctica, y ahí están los *Cuentos del hogar*, *Una nieta de Robinsón*, *Cuentos de hadas*, *Velada de invierno*, *Páginas de la Historia de España*, *El buen maestro* y *La locomoción*.

El continuo pelear en la prensa, y la dirección de un periódico que era de los más leídos en esta capital, su inteligencia y

honradez le elevaron á un punto de la Administración en que, como rara excepción, triste es proclamarlo, pospuso la política á los intereses del país, conservando la Dirección de Sanidad la organización que dió á una de sus más importantes ramas.

Como el nuevo académico se asfixiaba en la pesada atmósfera de la política, de cuya maleante influencia no podía sustraerse sin abandonar el centro comprensor de la nación española, así lo hizo, dejándonos, como recuerdo de su estancia en la corte la más saliente de las cinco novelas que ha escrito y publicado: *Juan Alcarreño*, encarnación de las esperanzas y decepciones del covachuelista y cuyo breve paso por una oficina ministerial, sirve al autor para hacer una acabada pintura de los verdaderos servidores del Estado relegados á perpetuo trabajo sin esperanza de premio, de los zánganos á quienes el nepotismo y otras enfermedades de la política expresadas con vocablos que tienen igual desinencia, otorga credencial sobre credencial y de los móviles á que obedece el mecanismo de los más altos centros burocráticos.

Las atenciones del Diputado y los deberes del Director general no condujeron á Baró al olvido de su amada tierra. Lleva la data de Madrid la hermosísima dedicatoria que, para honra suya, rindiendo homenaje á un ser querido, puso en el libro *Lo poema del Cor*. En diversidad de metros canta el amor á la comarca en que vió la luz; sus fiestas, costumbres, bellezas, cuando da vida y carácter al Ampurdán. Risueños y llenos de encantadora dulzura son cuadros como los de *La brema*, *La font del Roure*, *La festa major* y *La Sardana*, llenos de vida y exuberantes de color. Terrible es la descripción de la impetuosa *tramontana*; este viento arremolinador bajado de las altas cumbres que reverdece en la mente del poeta glorias que pasaron como pasa el huracán.

De ahir cuant las banderas
joyosa desplegavas,
y al pur sol de la gloria
los quatre pals mostravas,
los quatre pals sagnants;
de ahir cuant las galeras
á llunyas mars portavas,
á mars que nostra historia
recordan; y guaitavas

l' escut dels catalans,
en l' alt marlet que ovira
la terra ampurdanesa,
en lo vestit de nina
de noble amor encesa
per l' airòs caballer;
fins en lo peix que gira
y llisca y porta impresa
en sa escata argentina,
de un poble la grandesa,
tan gran com lo primer.

No cierra, empero, los ojos, á lo que merece crítica, y es notable, por la fidelidad del retrato la primera estrofa de *L' hereu Sendrera*:

Jove, baixet, rodanxó,
la barba esfilagarsada,
desvergonyida mirada,
moreno, vermell, sa y bo,
vestit de extranya manera,
meitat senyor, mitx pagés
y presumit; aquest es
l' hereu de casa en Sendrera.

Es el Teatro el campo en que Baró ha desplegado su cualidad de concienzudo observador, con la cual puede dar y da vida y carácter propio á los personajes. Escribió un drama; mas la comedia es el objeto de sus preferencias. No quiere que el público en vez de estar embelesado se halle trastornado con el desarrollo de un *transcendental* problema que en los modernos dramas filosófico-sociales no recibe solución ó si algo se presenta como tal es un dislate que no resiste á los dictados de la fria y sana razón; y efectivamente, el público oye las comedias de Baró, unas veces con el interés consiguiente á una trama bien urdida; otras son la complacencia de ver un cuadro real, pero de un realismo de buena ley; no aquel cuyo procedimiento es el de tronchar la bella flor de planta que tiene sus raíces en la inmunidia, escarbar ésta, desparramarla y arrojarla á la cara del lector ó espectador.

Dos comedias en castellano dió á la escena: las demás, en número de diecisiete, van en idioma catalán. Los temas son varia-

dos; unos son episódicos como *Lo general* «*No importa*,» otros de costumbres, como *Un pati de vehinat* y todas están embellecidas por costumbres populares y personajes que se encuentran en villorrios y alquerías. Los hay que mueven constantemente á risa, pero risa ocasionada por la exactitud con que están representados los hábitos y vicios comunes á cierto linaje de individuos. No olvidaré el regocijo con que por vez primera asistí á la representación de *Lo senyor Secretari*, admirablemente interpretado por un actor de la escena catalana que parece haber nacido para representar los tipos creados, ó dicho sea con más exactitud, presentados por Baró.

Estas producciones son el fruto de los entretenimientos de don Teodoro Baró, los juegos en que su imaginación se deleite, y las expansiones de un espíritu nunca sosegado. Lo que, constituyendo la parte más formal de su labor, le da fisonomía propia, es el trabajo periodístico; trabajo penosísimo para una inteligencia, aún cuando sea tan fecunda como la de Baró, si es aplicado al examen de las trascendentales cuestiones de la política y concienzuda crítica de los actos de los gobernantes. Baró, ejerce el periodismo con cariño y está convencido de que á pesar de los desvíos, abusos y otros vicios de que habla, la misión del periodista leal y honrado todavía se cumple en España, y de no entenderlo así, al par de lo que decía su maestro (1), no ejercería esta profesión. Duele al abogado (y vosotros, señores Académicos, comprenderéis la razón de haber acudido á mi mente este ejemplo) leal y pundonoroso, que algún colega, olvidando los deberes impuestos por una profesión que debiera ser siempre augusta, la convierta en mero oficio, y le duele á pesar de que para los que conservaron la dignidad en el ejercicio del foro puedan aún sean exactas las palabras de Sidonio; *His qui benè togá usi fuerint, reseratis susceptura finibus, palmata blanditur*; afirmación aplicable al periodista que, como el nuevo Académico y otros con cuyo conocimiento nos honramos, no aceptan criterios ajenos ni mienten á sabiendas en provecho de su secta ó interés propio. ¡Cómo no sentirse orgulloso ejerciendo el periodismo con independencia y honradez donde brilló el astro de primera magnitud entre los de la constelación periodística; el insigne filósofo y polemista vicense! Ciertamente es, que por una evo-

(1) Mañé y Flaquer, *Diario de Barcelona* de 23 de Noviembre de 1882.

lución continua y persistente, cambia la indole del periódico y la tarea del periodista; y cambia hasta el punto de tender de un modo necesario ó inminente á la formación de dos clases enteramente distintas. Una, la del *noticierista* que organiza agencias de información, se anticipa al resto de los mortales en el conocimiento de los hechos sensacionales, traslada, ampliadas y brevemente comentadas para darles relieve y trascendencia, las noticias á columnas llenas de luchas, crímenes, escándalos, y alguna vez heroicas acciones; impele á la vía pública á desgraciados seres que para ganar un corto sustento vociferan las nuevas de incendios, asesinatos, robos, explosiones de minas, hundimientos de puentes con los trenes que los cruzaban, naufragios y demás catástrofes, ciertas ó ideadas, que desde el anterior número del periódico han formado la masa con que se alimenta la voracidad de un público siempre novelero y amante de lo trágico. Esta clase aumenta, prospera y ansiando prosperar más, desarrolla su inventiva para alcanzar algún nuevo éxito, alguna forma excitante de la curiosidad, algún *resorte* á usanza de lo que ha sido bautizado con el epíteto de *americanismo*. De este afán de dar noticias, tan grande como es la començon de recibirlas, especialmente si son malas; ¡mentira parece! surgió el *anuncio* en las redacciones periodísticas, ó sea la inserción de telegramas en puntos visibles que proporcionarán á la vez el deleite de saber algo nuevo al viandante, y el efecto del reclamo á la empresa; lo cual, según el festivo escritor Vicente Vera, es el germen de la forma que en el próximo siglo tendrá el periodismo: la sustitución del periódico impreso y publicado diariamente, por medios de poner las *noticias* á la vista del lector sin que éste deba hacer siquiera el esfuerzo de alargar la mano y tomar el papel que en la actualidad ha pasado velozmente por las máquinas rotativas.

Trasciende al lenguaje la gran importancia que las empresas dan á la información telegráfica y telefónica. Por los hilos eléctricos se transmite el menor número de palabras posibles para expresar un hecho ó enunciar un concepto; la oración gramatical desaparece, y se emplean los vocablos propios del país, á menudo del vulgo de la comarca, desde la cual se envía la noticia; y aún que, con asombrosos arte y presteza, telegramas y telefonemas se *visten* amplían y amplifican, algo queda del original, y la repetición del pecado convierte en vicioso al periodista, cuyos neologismos adquieren á la postre carta de

naturaleza, en detrimento, las más de las veces, de la pureza del lenguaje.

En compensación á este daño, el *noticierismo* recogido, transmitido y publicado con febril ardor, dignifica, por formarle elevado pedestal á la otra clase de periodistas: la que consagra la pluma á trabajos de mayor vuelo. Conservan aún importancia los artículos políticos, bien que fuera del continente europeo los grandes periódicos abren la puerta á todas las ideas pues atienden á la importancia personal del articulista y al deseo de que, sea cual fuere la opinión del lector, encuentre éste algo que guarde congruencia con sus principios ó tendencias; pero lo que adquiere diariamente mayor importancia son las *revistas* ó trabajos en que se da cuenta del movimiento político, social, económico, científico, artístico y literario de cada país, profundizando en estas materias, aun cuando no se lleve el examen, exposición y crítica á la minuciosidad de los periódicos profesionales que son el imprescindible vehículo de las ciencias, en particular de las físicas y sus congéneres, en las cuales son cotidianos los inventos útiles y frecuentes los trascendentales. Es indispensable que un ingeniero ó un químico, por ejemplo, sepa hoy acá lo que acaba de descubrirse allende los mares, y debe saberlo para hacer de ello inmediata aplicación, so pena de quedar rezagada la industria y en sitio desventajoso cuanto á la prosperidad del país y riqueza pública y particular atañe; y es necesario también que los nuevos conocimientos se popularicen, para lo cual no faltan escritores que en forma amena inicien á los lectores de los periódicos diarios, en los adelantamientos de las ciencias y les sugieran el propósito de un estudio detenido, bien con el mero fin especulativo, bien para imprimir con ello nuevo impulso á la industria y las artes.

Pero noto señores Académicos que voy por los derroteros de un mar sin límites y fuerza es concluir sin detenerme en el contraste que de estos laudables trabajos ofrecen las publicaciones periódicas que no tienen por objeto un honrado y saludable deleite y cuya cualidad nos es la de promover la cultura. Ellos caen en la condena que de la mala prensa ha hecho elocuente y enérgicamente el nuevo Académico.

Al entregarla la insignia que tanto merece, saludémosle con cariño y batamos las palmas para celebrar su venida.